Jugueteos en aguas dulces

Autor: Claudio Costanero
Categoría: Infantiles / Juveniles
Publicado el: 19/09/2015

Jugueteos en aguas dulces

Recuerdo que nos bañábamos felices. Parecíamos crías de nutrias haciendo infinidades de acrobacias. Nosotros, la muchachada del pueblito, de ese entonces, aprendimos las primeras brazadas acuáticas en “el Charco de la Viuda”.

Con el venir de los días, el charco se fue poniendo flacucho, y sus aguas limpias (no cristalinas), se fueron mudando en lodo o barro; pero así, nunca nos dio una fiebre o dolores en las articulaciones. El volcán del “Totumo” se quedó corto y bobo; además teníamos la ojeada diagonal de la Virgen, que no nos desamparaba.

Cuando salíamos del charco, parecíamos figuras de barro labradas por manos precolombinas.

Nos coroteamos, por decisión unánime, al tanque-piscina de “Kingo Chiquito” (“Pingo Chiquito”). El gorro favorito aquí era pasarnos el recipiente (en todo su largor rectangular o cuadrado, no preciso) debajo del agua. Eran hazañas que nosotros mismos aplaudíamos. Si en “el Charco de la Viuda”, en sus comienzos, inventamos el nado del ladrillo, pues aquí, dejamos firmado, el estilo submarino, pero en la superficie. Bueno, al menos habíamos progresado en algo nuestro estilo marino. El único inconveniente que teníamos era que había que pagar para poder nadar. Fuera como fuera, conseguíamos las monedas. Resalto que nos prestaban las pantalonetas cuando por salir a carrera loca se nos olvidaba echar las nuestras en los líchigos.

Después, buscamos otras alternativas. Tiramos pasos largos al río Barragán, a los “Kingos” y

“Palomino”. Sitios un poco lejanos pero saludables para el cuerpo y el alma. Ya no fuimos sólo nosotros sino todos los moradores de mi patria chica. Fue una devoción recreativa de las familias para el descanso, para embolatar los días festivos, para respirar aire puro y para exhibir cuerpos esbeltos y panzas pobres y ricas a los rayos amarillentos y escarlatas del “Mono Jaramillo”.

Eso fue hace cuarenta y pico de años.

Cuando hice maletas, “El Charco de la Viuda” era ya una añoranza. “Pingo Chiquito”, todavía existía, y espero que los otros espacios también nombrados, aunque la naturaleza se vuelve cambiante pero por culpa de la mano humana.

Fue una época obsesiva, no enfermiza, por el agua. Todavía nos fascina el agua, no tanto fría sino caliente. Debe ser por los años.

Amábamos el agua, y esto nos hace pensar en defender (humildemente) la teoría evolutiva, que toda materia viviente, probablemente se originó en el agua.

Costain Costanero

Publicado bajo licencia Creative Commons BY-NC-ND

Enlace original del relato: ir al relato
Otros relatos del mismo autor: Claudio Costanero
Más relatos de la categoría: Infantiles / Juveniles
Muchos más relatos en: cortorelatos.com